

COLOMBINE

MISION SOCIAL DE LA MUJER (Segunda y última parte)

.....
Conferencia pronunciada por Carmen de Burgos en la Sociedad "El Sitio" de Bilbao, el 18 de febrero de 1911.

.../...



"No tenemos en ella las mismas prerrogativas que el marido. Nuestros hijos se acostumbran a vernos como inferiores. ¿Qué extraño es que luego vejen a las otras mujeres y no sepan respetarlas?

¿Qué extraño es que sean banales y caprichosos si se educaron entre la injusticia y la desigualdad?

El Código dice: "El marido debe protección a la mujer; la mujer obediencia al marido"

Con este concepto el marido es dueño; puede elegir el lugar de su domicilio. La mujer está obligada a seguirlo a todas partes, excepto al extranjero.

Ella no tiene la plenitud de la capacidad jurídica para el código. No puede cuando es casada, vender, hipotecar, obligarse, ni recibir donaciones sino subordinándose a la autoridad del marido.

Sólo se la concede el derecho de testar y revocar las donaciones hechas al marido durante el matrimonio. La administración de bienes casi siempre corresponde al esposo, él puede disipar las rentas y el producto del trabajo. Le pertenece hasta la propiedad literaria de las obras de su esposa.

El dominio de los hijos pertenece al padre; él decide la educación que les da, la religión que les inculca, les concede permiso para tomar estado; y si la mujer no está de acuerdo, el criterio del hombre es el que triunfa. En caso de separación los hijos de ambos sexos, mayores de tres años, corresponden al padre, salvo el caso de que se pruebe su culpabilidad y la inocencia de la esposa. ¡Es tan difícil de probar la culpabilidad de un hombre! El código llama a su falta infidelidad y adulterio a la de la esposa. El puede matarla impunemente... ella ha de resignarse y llorar.

Si muere el marido ejerce, sí, la patria potestad sobre sus hijos, pero la pierde por completo al contraer nuevas nupcias a no ser que el marido, antes de morir, la hiciera gracia de poder conservar la patria potestad sobre los hijos comunes.

También se la excluye del jurado. Ambas cosas afectan a nuestra honra y dignidad. La equidad más elemental exige que entraran en los jurados igual número de hombres que de mujeres, para garantizar la imparcialidad de las influencias de sexo,

sobre todo en las causas de crímenes pasionales.

Los que argumentan haciendo parecer ridículo que la mujer suspendiera un juicio para amamantar a un pequeñuelo no piensan en que también lo suspenden los hombres para fumar en el descanso un cigarrillo.

Para que la desigualdad sea más ominosa, el código penal nos iguala al hombre en responsabilidades y penas. ¿Por qué si se nos considera incapaces de discernir como ellos, si se nos considera débiles, no se nos juzga menos responsables? Se sostiene la teoría de que el ser incapaz de gobernarse por si mismo en la vida es consciente solo para el mal.

Mientras no se nos eduque de otro modo, una tierna piedad debe seguir los pasos de la mujer delincuente. Nuestro organismo está sujeto a alteraciones y desequilibrios que se han exagerado para las leyes civiles y no se toman en cuenta en la ley penal.

No somos seres amorales, lo dicen bien claro las estadísticas de la criminalidad. Cometemos más crímenes pasionales y por ignorancia, que por crueldad y avaricia. Lo mismo ocurre con el suicidio; mientras muchos hombres dejan la vida cansados de las dificultades de la lucha material, la mujer sólo llega al suicidio por dolores del corazón, por pasión, por abandono del que ama.

Es una injusticia negar a las mujeres, que tienen aptitudes para ello, el derecho de ejercer todos los cargos. Decid por ejemplo a Jorge Sand: Usted tiene que cuidar la casa, que su marido escriba los libros". ¿No sería un absurdo si la naturaleza la dotó a ella de -

un talento que a él le había negado? Cuando se admira una obra de arte, ¿preguntamos si el autor tuvo o no hijos? ¿Por qué se ha de preguntar el sexo?

Algunos creen que la mujer abandona a los hijos al dedicarse al trabajo. Olvidan sin duda a las madres viudas que han de ganarse el sustento. ¿Es más moral que carezcan de medios para sostenerlos y educarlos? ¿Están menos abandonados en esos asilos en los que la miseria les hace depositarlos y con los cuales las sociedades modernas han querido ocultar la vergüenza de que cada uno no tenga su casa creando la casa para todos?

Estas limitaciones no se ciñen solo a las carreras y a las artes liberales. La injusticia y la desigualdad siguen a la mujer en el trabajo, en la fábrica, en el taller. Se abusa de su debilidad de mil modos indignos. Se trata de cerrarle la puerta alegando que abarata los jornales.

Un periódico ruso refería un caso característico de la injusticia que con el trabajo femenino se comete. Oídlo: "Una joven, vestida de hombre, Había trabajado durante muchos años en una fábrica. Al fin, un día se descubrió el engaño, y preguntada por qué usó aquel disfraz, repuso: Es muy sencillo. Con faldas me hubieran pagado 30 copeckes (0,80), vestida de hombre gano un rublo (cerca de tres pesetas). Soy pobre y sola. La diferencia era para mí una fortuna". La moraleja es fácil de hallar y nos muestra la preocupación de considerarse inferior nuestro trabajo, puesto que, durante tantos años la labor de aquella mujer, no había sido inferior a la de sus compañeros.

La lógica no sale bien parada en muchos casos. Se nos declara incapaces de ser concejales, diputados y ministros, y en cambio aptas para gobernar un estado como reinas o regentes. "Las incapaces de regir la parte pueden regir el todo", dice Novicow, y añade: "Una mujer tiene derecho a ser ministro si tiene la capacidad necesaria, del mismo modo que tiene derecho a ser maestra de escuela". Es verdaderamente absurdo que tengan derecho a emitir el sufragio los ignorantes sólo por ser hombres, y que se niegue ese derecho a las mujeres cultas sólo por ser mujeres.

Entre nosotras no se agita aún la idea de reclamar los derechos políticos, tal vez porque no comprendemos toda la importancia y porque nos repugna la farándula, recordando la frase de la célebre escritora francesa: "Cuando la manzana está podrida es mejor no hincar el diente en ella".

Y sin embargo eso mismo nos obliga a no ser indiferentes en una cosa que puede mejorar la situación de nuestra patria, o mejor dicho, de nuestros semejantes. No debe sernos indiferente el modo de hacer las leyes que nos afectan y a las cuales están sujetos los que amamos. No podemos ignorar las ciencias políticas si hemos de educar en ellas a nuestros hijos para que sean ciudadanos honrados y libres. Naturalmente que sólo la mujer debe tener derecho al sufragio, no íbamos a ir a engrosar las filas de los que en cada elección andan a tiros por las calles y cometen todas las inmoralidades. Sería electora sólo la mujer culta; pero sólo también los hombres en idénticas condiciones.

Tengase en cuenta que el no intervenir directamente en la política no evita el que se nos dé una parte de culpa en las vicisitudes de un estado. Muchas mujeres presentan la papeleta de voto al marido como Eva presentó la manzana a Adán: inducida por la serpiente.

Madame de Mentenon decía que en las naciones regidas por monarcas gobernaban las mujeres y en las regidas por soberanas los hombres. Esto es cierto, señoras. No se puede negar nuestra influencia. Nosotras enseñamos al niño y abrimos el corazón del hombre. Es preciso no ser inferiores a él en el pensamiento.

La conquista de los derechos políticos gana terreno en todas las naciones. Las elecciones locales y los cargos municipales son ya puntos conquistados en todos los países anglosajones y eslavos y en algunos latinos; hasta en Francia misma (país más retrógrado, desde este punto de vista). En los Estados Unidos tienen las mujeres el derecho del sufragio que el Estado de Wyoming, fue el primero en proclamar en 1868. También existe en Oceanía. En Europa, es Inglaterra la que marcha a la cabeza del movimiento sufragista, admitido ya en principio por la Cámara de los Comunes.

No hablo de los derechos militares y del derecho al sacerdocio, porque son dos cosas que yo no quisiera ni para los hombres.

La mujer culta ha de sentir todo el idealismo elevando su corazón a lo suprasensible sin intermediarios. Debemos borrar la idea de división entre los humanos, donde hay un cerebro que piensa y un corazón que ama, tenemos un hermano; -

donde existe un pedazo de tierra que nos ofrece el fruto de su seno, el hombre está en su patria.

Nuestro programa borraría las guerras. Educaríamos a nuestros hijos como estos Doukhobors de que nos habla Tolstoi, como los educaban los primeros cristianos en Alejandria. Para que supieran morir con las manos puras. ¿Qué falta le haría la guerra a una sociedad en que dominase la razón? Hacía ella marchamos. No es utopía de mujer que ofuscada por la compasión padece la miopía intelectual que nos atribuye H. Spencer. Es más bien intuición de mujer que se hace vidente de su panteísmo.

Yo he visto la guerra. Fui a Melilla en momentos que España sufría. No era rica para ofrecer sin molestarme desde mi gabinete un puñado de oro que tranquilizase mi espíritu, pensando que había cumplido mi misión al oír los gemidos dolorosos. Hice, por el mismo egoísmo, el sacrificio de mi tranquilidad. Las madres llorando pedían a "Heraldo de Madrid" noticias de sus hijos, de los pobres soldados anónimos cuyos nombres no transmite el telégrafo. Yo fui a buscar esas noticias. Que angustia tan inmensa me daban los lamentos de las madres. Conservo como reliquias sus cartas de súplica y bendición (una se volvió loca al saber la noticia de la muerte de su hijo). Yo amaba a todos aquellos soldados con ternura inmensa, los unía en un solo amor, en una amplia maternidad de dolor para todos. ¡Los amaba con todas las que lloraban por ellos!

He visto el horror de la batalla, del campamento, del hospital. ¿Sabéis lo que más me aterró?

Sentir que me llegaba el odio al corazón (yo que no lo había sentido jamás) y comprender que podía llegar la anestesia ante el sufrimiento.

Saqué de la campaña una enseñanza útil, de vida... he tenido el honor de que no se me dé ninguna cruz ni recompensa... y aquel odio que germinó un día como planta maldita en mi corazón, arraiga hoy en él... pero sólo contra la guerra. El odio es tan abyecto que se vuelve contra la madre que lo engendró.

Termino. He querido decirlo que la mujer puede serlo todo. Ahora desearía convencersos de que sabrá renunciar a todo, porque en su naturaleza se enseñoreará siempre el amor. No dejará jamás de ser la madre. ¿Qué mayor grandeza? ¡Grande es el sabio, grande es el artista, grande es el poeta, pero no hay nada más grande que la flor de pasión que rompe sus entrañas para perpetuar la humanidad! ¡Nada más grande que la Madre!

Nuestra obra, señoras, es obra de colaboración, obra de siglos. No importa que no veamos el triunfo, sabiendo que ha de llegar. Es igual que sea para nosotros o para los venideros. Todos somos siempre los mismos. Las rosas no son más que las rosas, aunque florezcan todas las primaveras y en todos los rosales. La humanidad es también una sola. ¡Es el enjambre de doradas abejas que se confunde en el eterno laborar de la olorosa miel!"



CARMEN DE BURGOS

ISABEL, DISTINGUIDA CORONELA

Benigno Valera

Carmen de Burgos, era fácil de convencer. Aceptaba con facilidad los ofrecimientos que le hacían otros escritores para participar en sus obras, con prólogos, epílogos, juicios críticos u otras colaboraciones. Atendía de buen grado las demandas de los que consideraba sus amigos, o en algún caso, también, de colegas que no lo eran tanto. Tenemos en nuestra biblioteca numerosas obras que dan ejemplo de esta faceta de la escritora.

Este hecho nos ha permitido conocer a un controvertido escritor y activista llamado Benigno Varela Prat, nacido en Zaragoza el 25 de julio de 1882, y posiblemente fallecido en 1962. Con numerosos artículos y obras, Varela cuenta con una biografía curiosa, que le llevó desde un radicalismo republicano furibundo a ser un defensor ultramontano de la monarquía.

De Benigno Varela, en concreto, hemos conocido dos de sus obras *El Sacrificio de Mágina* (1909) e *Isabel, distinguida coronela* (1910). Esta última incluye un elogioso juicio crítico de Carmen de Burgos sobre la novela anterior, *El Sacrificio de Mágina*.

Como no contamos con demasiado espacio en esta revistilla, nos abstenemos de transcribir el opúsculo de Colombine; ya que lo que nos parece más interesante de este encuentro literario es un fragmento de *Isabel, distinguida coronela*, donde Varela dibuja la cotidianidad de la vida en Madrid.



Encontramos periodistas, escritores y lugares característicos del mundo, intelectual de la capital de principios del siglo XX, y cómo no, el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid.

A continuación, reproducimos dos fragmentos de *Isabel, distinguida coronela*:

(Primer fragmento)

".../... Abandonaron los tres el periódico. Larrainza, Latorre y Crouselles eran fraternales camaradas. Siempre iban juntos. Y en los saloncillos y en los palacios del placer y en las tascas de buen vino, se hallaban siempre formando un terceto.

- ¿Vamos al Sanatorio?

- Sí. Precisamente quiero ver a Dicenta.

- Y por la calle del Barquillo, fueron a salir a la de Alcalá. Perfumaban la tarde aromas de Abril amoroso. Se aproximaba un crepúsculo bello. Venían del Retiro y de la Castellana landós ducales y *simones* tronos de pueblerinos. En lo alto, sobre la Puerta del Sol, había en las nubes rojeces de incendio. Y, frente al teatro de Apolo, las nenas contemplaban el programa nocturno y, dos pasos más allá, persignábanse ante -

los templos aristocráticos. Alguna buscona de alto copete hacía su aparición por la calle de Cedaceros. Los lechuguinos, asaeteábanla con piropos burdos. Las niñas predilectas de Taboada y Mecachis, escandalizábanse con la visión de la mujer galante. Las mamás gruñían. Crouselles vió a una hembra que avanzaba garbosa.

- Mirad: ¡Ahí viene la Oterito!

- Pasemos de largo que no me vea. ¡La debo dos sevillanos!

Y Larrainza tapujóse la cara con el pañuelo, cruzando los tres amigos hacía el Lion D'or. Les llamaban desde unos veladores.

- ¿Quereís un bok?

- Eran Felipe Trigo, que ya comenzaba entonces a bullir como novelista; Paco Villaespesa, que afianzaba su renombre de rimador, y un marqués que comenzaba a hacer pinitos en la literatura y en ciertas extravagancias sexuales. Al ver al marqués, Crouselles aconsejó:

- No entremos. ¡El marquesito debe hallarse conquistando a Villaespesa...!

En otros veladores, estaban don Ramón del Valle Inclán y un pequeño filósofo que se desayunaba todos los amaneceres junta a Montaigne. Poco después desayunaba junto a don Antonio Maura.

Doblaron la esquina del Suizo e internáronse por la rua de los toreros y de los cómicos de ocasión. Uno de éstos, misteriosamente, con gesticular de tragedia, se aproximó a Larrainza.

- Chico: No comí desde ayer. Me han ofrecido la contrata y nunca llega. ¿Puedes prestarme dos pesetas?

Se las dio el revistero al cómico.

- Te las devolveré.

- No. Te las regalo. Pero no reincidas.

Por la calle de la Cruz, al Sanatorio. ¡Bravo título el de aquella licorería! ¡El Sanatorio! ¿Qué doctor impuso la borrachera como providencial medicamento? Ciertamente, había parroquianos muy saludables como Federico Barroso y el gran poeta Sancho, digno rival de Carulla. ¿Pero y los demás? Pepe Riquelme, Peralta, Crouselles, *Perucho*, Larrainza y el ilustre autor de *Juan José*, ¡no veíanse amenazados por las constantes libaciones de Montilla? Joaquín Dicenta y Riquelme, gesticulaban frente a unos vasos de licor doreño. Al entrar los periodistas, los ojillos del insigne dramaturgo, chispeaban:

- ¡Buenas tardes, congrios! Tú, Paco: Sirve a éstos lo que quieran.

Larrainza se aproximó a Dicenta.

- Oye. Me dijo el director, que te preguntara por qué no vas al periódico hace siete días.

- ¡Pues porque no me da la gana! ¿Lo oyes? ¡Porque no me da la gana! ¡Que vaya Dios!, ¿sabes? ¡que vaya Dios! Es que, a mí, al autor de *Juan José*, ¿me pueden negar un favor? El otro día pedí quinientas pesetas anticipadas en la administración y no me las dieron. Era un compromiso ineludible. Si me dan ese dinero, iré. Si no, que me substituyan con el *Tato*. Pero -

hablemos de otra cosa. Tú, Latorre, ¿a quién acompañabas ayer en el tranvía de Pozas? ¡Vaya una hembra!... Por detrás, parecíase a la Guiüdice.

- Es la esposa del coronel de caballería Borrego.

- ¿Y tú oficias de pastor del rebaño? ¡Beeeh!... ¿Me permites que acompañe yo a la borreguita una hora? ¡Ya verás qué tiernos balidos lanza después!

- Calla, Joaquín, calla. La señora de Borrego no merece tal lenguaje.

- ¿Te incomodas? Pues a mí me importa tres rábanos, ¿sabes? Tres rábanos. ¿Bebes?

- No

- Pues que lo beba el suelo.

Y el autor de Juan José, arrojó el vino que ofrendábale a Latorre. Se revolvió éste.

- Joaquín: A veces te pones insufrible. Gracias a lo mucho que te admiro y quiero te soporto lo que acabas de hacer. Adiós, Carlos. Adiós, Larrainza. A ver si domesticáis a éste. Hasta luego.

Ignacio Latorre, salió del Sanatorio. Desde la puerta, despidióle con sorna Joaquín:

- ¡Eh, tú! ¡Cuidado con la ovejita!...

Ignacio Latorre, que marchaba por la calle Victoria, escuchó todavía la chanzoneta de su amigo-

-¡Beeeh!... ¡Beeeh!...

.../..."

(Segundo fragmento)

".../... Volvió a recorrer la calle del Príncipe. Y, por la del Prado, encaminóse al Ateneo. Al entrar Latorre en la mansión de los intelectuales, escuchó un griterío terrible dentro del local destinado a las conferencias. Preguntóle al popular



Teodoro, que se paseaba por el vestíbulo:

- ¿Qué ocurre?

- Nada: Que están discutiendo un tema; y como los oradores modernistas sólo saben chillar, probablemente terminará esto alguna noche como el Rosario de la Aurora.

Miró Latorre si había en el pupitre de las cartas alguna para él. Sólo vió un libro que le dedicaba cierto verzista de Nicaragua. Penetró en el salón de conferencias.

Batallaban los ateneístas donosamente. Rojos, como la sillería, los semblantes. Y la oratoria, de rojez más fuerte aún. Discutían acerca del carlismo. En el escenario, presidía un sabihondo de pelambre alba. Enfronterando al presidente, los tradicionalistas furibundos, como el poeta Zayas y Salaverry. A la izquierda, los liberales y canalejistas capitaneados por Práxedes Zancada y Alfonso Ruiz de Grijalba. Y a la derecha del escenario, el grupo de los iconoclastas formado por Nilo Fabra, Ródenas, Candamo y otros que pronto se convirtieron en triunfadores. Al entrar Latorre, parecía el salón un gallinero.

- ¡Callad, necios!

- ¡Pero si don Carlos es un monigote subvencionado por la Casa Real!...

- ¡Estútido!

Sonaba la campanilla.

- Señores: Voy a verme obligado a levantar la sesión. El señor Salaverry tiene la palabra.

- ¡No, no! ¡La tengo pedida yo!

- ¡Silencio, botarate!

- ¡Fuera, fuera!

Ignacio Latorre, no quiso escuchar la peroración de Salaverry loando al Chapa. Salió a los pasillos, donde los retratos de vetustos ateneístas parecían mofarse de sus colegas modernos. Habíanse refugiado en la Cacharrería, huyendo del salón, varios señores sin los cuales permanecería el Ateneo enmascarado por una rigidez adusta. Allí estaban don José Echegaray,

con su cráneo piramidal; don Tomás Maestre – ese buen ciudadano que pretende recolectar patatas en el Rif -, y el general Vallés, que hubiese apaciguado seguramente cualquier revolución con su simpática verborrea. En rededor de los tres varones sesudos, pizpireteaban unos nenes que confundieron la literatura con el biberón. ¡Ah, los tales nenes! Tan pronto como abandonaron la tripita materna, ya supieron que *Fulano* era un percebe y *Mengano* un *batata* y *Perengano* un ilustre botarate. Y el que así calificaba a todos, era un mocosuelo andaluz que vino a Madrid con los tacones al aire y una fuerte anemia producida por el gazpacho. Salían de la Cacharrería voces belicosas. Hablaba el joven andaluz.

- Lo digo yo, señores, lo digo yo. Servante serviría hoy pa engalaná la cuadra de una cochera. Alguien salió a la defensa del autor del *Quijote*.

- Seguramente, Cervantes iría en tu busca. Y, oficiando de cochero, te pondría los lomos encendidos.

- Ya salite, batata, con una graciosía de a chavo.

Ignacio Latorre sorteó también la Cacharrería. Y, ascendiendo por la escalinata, penetró en la biblioteca. El amplio local tenía silencios sugestivos. Maestre, con su mandil enorme, deambulaba ordenando los estantes. Sólo tres ateneístas se hallaban estudiosos en los pupitres iluminados blandamente. Se oía el doblar de las hojas, el rasgueo de las plumas, la respiración de los que trabajaban silentes.

Un gatazo, mimoso y lagotero, paseaba por los pupitres su pereza. Latorre se aposentó junto a un rapado ateneísta que asomaba entre pilastras de libros. Era el bizarro Azorín que, por entonces, no soñaba seguir las huellas de Castelar en el Parlamento. Se saludaron los dos periodistas. Latorre requirió la pluma. Y ésta redactó: "Isabel: No fui anoche a su casa porque..."

Plegó la carta el periodista. Ponía en el sobre la dirección, cuando a la biblioteca llegaron gritares roncós, chillidos, imprecaciones. El pequeño filósofo alzó la vista y exclamó con inglesa frialdad:

- ¡Si presenciara estos escándalos Montaigne!...

Latorre abandonó la biblioteca. Y descendió a los pasillos. Eran un hervidero de furias. Los ateneístas, habían decidido terminar la conferencia prodigándose unos cuantos mamporros. Alfonso Ruiz de Grijalba – uno de los más simpáticos paladines de la juventud liberal -, cansado de oír los himnos tradicionalistas, lanzóse peleador contra los satélites del pretendiente. Y en el rostro de Zayas, tropezó una mano liberal. Teodoro decía a Latorre:

- ¿No ve usted cómo yo tenía razón al asegurar que acabaría esto cualquier noche como el Rosario de la Aurora?

Buscaban los contendientes, padrinos para litigar sus querellas en el terreno caballeroso. Uno de los peleadores, abordó a Ignacio que bajaba de la biblioteca:



- Te necesito. Ese zanguango que figura en las huestes del fantasmón de Venecia, me acaba de causar una ofensa. Me llamó *madrilla*, ¡figurate tú, *madrilla*! Y ese calificativo, en boca de un besugo, no lo puedo tolerar. En este momento, ahí, en la Cacharrería, tú y Peribáñez demandáis una explicación a mi adversario. Si no la da, que nombre testigos. Y mañana temprano, nos ponéis con los sables frente a frente. Porque yo elijo el sable. ¡Quiero abrir en canal a ese borrego! ¡Llamarme *madrilla*!...

Y Latorre, vióse obligado a permanecer en el Ateneo para solucionar la cuestión personal que surgió entre dos pescados.

Seguían tiroteándose con palabrotas gruesas los liberales, los tradicionalistas, los iconoclastas.

- Esto no se puede tolerar. ¡Tenéis vosotros la culpa por meteros con la vida honrada de nuestro don Carlos!

- ¡Me chincho en él!

- ¡Animal!...

- ¡Rocinante!...

- ¡Guau, guau!...

Teodoro y el sabio presidente apaciguaban los ánimos.

- ¡Silencio, señores, silencio!...

En la escalinata de la biblioteca , irónico, con su gesto de sacristán zumbón, veía el batallar un pequeño filósofo. Y murmuraba:

- ¡Si lo presenciase Montaigne!...

+ - + - + - +

- Don Ignacio: Que son ya las cuatro de la tarde. ¿Quiere que le preparemos la comida?

- Abra el balcón, Petra. No me prepare nada. Comeré algo en Fornos.

Salió la patrona. Latorre abandonó el lecho apresuradamente. ¡Las cuatro! ¡Y él que había citado a las siete a Isabel!... Por supuesto, que apenas había dormido. Se pasó la noche remendando la honorabilidad de los ateneístas rencorosos. El y Peribáñez, con la representación del señor *Madrilla*, presentáronse inmediatamente al señor *Besugo*. Y éste, nombró también representantes. Los cuatro testigos, desde el Ateneo, dirigieron al Sanatorio. ¿Que lugar mejor para suscribir un papel caballero rociado con excelente montilla? Y se redactó, ¡vaya si se redactó el importante documento! Porque lo que Peribáñez decía: "Tenemos que retirar mutuamente los adjetivos que nuestros representados consideran injuriosos. Ni nuestro apadrinado es una *madrilla*, ni el de ustedes un *besugo*. ¡Digo! ¡A no ser que nombremos árbitro a un pescador para -

que decida!" Restituyeron a los ateneístas su condición de seres racionales. Y, la galería necia, vióse defraudada porque no relataron los periódicos un nuevo lance de honor. ¡Los lances de honor! Tenía entonces Madrid, como todos los años durante la misma época, la epidemia de los desafíos. Todos los días relataba la prensa: "Examinando ayer unas pistolas en la carretera de Extremadura, vimos a Fuláñez y a Mengáñez con varios amigos. No hubo novedad." "En la quinta de Sabater, verificóse hoy un asalto a sable entre don Godofredo Zapallo y Pepe Hurgón. Zapallo, durante el asalto, fué levemente herido en la cabeza por Hurgón." Y, la galería, risoteaba estúpidamente gritando burlona: "Pero esos duelistas, ¿cuándo harán una cosa seria? ¡Todos van a casa Lhardy después de los lances! ¿Cuándo irá alguno al cementerio?" Y, cierto día que a la tumba fue un duelista infortunado, la muchedumbre imbécil pretendió linchar al matador. No. *Madrilla* y *Besugo* no iban a romperse la crisma para regocijar a la chusma. Y los chatos de vino generoso fueron las tumbas de aquellos resquemores ateneístas.

Cuando Latorre abandonó la misión caballeresca, hacía ya el sol. Y en la casa de huéspedes donde cobijábase, tumbóse sobre la cama para soñar febrilmente con Isabel.

¡Las cuatro! ¡Hale, pronto! Latorre cuidó minuciosamente su vestir. En la luna del armario contemplóse. La verdad que, comparado con el coronel, podía creerse un Apolo. Tenía Latorre una silueta de aristocrática mocedad. Encrespado el pelo. Recta la mirada noble de los ojos verdes.

- Petra. No me aguarden para cenar.

Salió. La calle Marín de los Heros, donde vivía, es una de las más bulliciosas del barrio de Argüelles. Por la de Ventura Rodríguez, dirigióse a la de Ferraz. Y, frente al cuartel de la Montaña, tomó un alquiler.

- ¡A Fornos!

El caballejo arrancó pesadamente. Mariposeaban por los aires aromas de jazminero. En maridaje con los perfumes, las notas de una banda militar. Desfiló el regimiento por la calle de Bailén. Y, por la portalada regia del Palacio de Oriente, vióse salir a un automóvil que marchó raudo por la rampa conducente al campo del Moro. Se detuvo la cabalgadura en Fornos. ¡Felices tiempos en que todavía triunfaba el simpático café, asesinado más tarde por la moralidad maurista! ¡Fornos, galán sabedor de mil donaires cortesanos! Otro galán del Ministerio de la Gobernación le cantó el gori, gori.

La tarde que Latorre llegó a los gabinetes de Fornos, aún no se había implantado el absolutismo gubernamental. Y, unos juerguistas de alto copete, obsequiaban con champán a dos hembras de amores costosos. Vestían ellos de rigurosa etiqueta. Acababan de asistir en las Calatravas a la recepción de un caballero en la Orden. Y, al salir del templo, amigos del cruzado que se dirigían al club, vieron pasar a la *Lunares* y a la *Mimosa* en un coche de alquiler. Las llamaron. Y para que los transeúntes no extrañáranse viendo conversar a los elegantones con las meretrices, el condesito del Pulgar, adelantóse como si cruzase la calle de Alcalá y dijo rápidamente a las busconas:

- ¿Quereís refrescaros con champán? Pues meteos en Fornos. ¡Allá vamos!

Y alborozados se hallaban, cuando vieron pasar a Latorre por el corredor. El del Pulgar y la *Lunares* le llamaron.

- ¡Eh, tú! Entra.

Penetró Latorre. Conocidos eran todos. A la *Lunares* se la sabía de memoria.

- ¡Cuánto tiempo hace, chiquito, que no vienes a verme! Toma, ingrato.

Y, la *Lunares*, ofreció a Ignacio dos copas de champán. Tenía una en los labios de rubí. Era el licor un beso. En esta copa bebió Latorre.

- ¡Bebe, hombre!

- No. Acabo de levantarme. Todavía no comí. Voy a encargar una friolera. ¡Pepe! Trae la lista. Que venga Juanillo.

- ¡Vaya un madrugón, muchacho! Te acostarías seguramente al ir los barrenderos por la calle.

- Si. Me jorobaron dos mequetrefes ateneístas que anoche quisieron les llevásemos al campo del honor. Figuraos. ¡Por haberse llamado madrilla y besugo!

- Pues niño. ¡Adonde los debisteis conducir, fué a una pescadería!...

- ¿Pero se baten?

- ¡Que se han de batir, hombre! ¿Me juzgas tan necio para concertar un lance por tamaña estupidez?

.../..."

BENIGNO VARELA

SOY FEMINISTA

No se han recibido colaboraciones. Seguimos esperando.

BIBLIOGRAFÍA

Novedades o no.

Concepción Núñez Rey. **CARMEN DE BURGOS COLOMBINE HACIA LA MODERNIDAD.** Catálogo Exposición. Con la participación de María del Pilar Palomo, Carlos Dorado, Leonardo Romero Tobar, Jesús Miranda de Larra y de Onís, Ioana Zlotescu, Fanny Rubio, Rosa María Calaf, Antonina Rodrigo, Anja Louis y Carmen Servén Díez. CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO ARTÍSTICO. JUNTA DE ANDALUCÍA. 2019. ISBN: 978-84-9959-334-0

Carmen de Burgos. **MIS VIAJES POR EUROPA.** Epílogo Ramón Gómez de la Serna. Concepción Núñez Rey (ed.). CYAN Proyectos Editoriales. 2012. ISBN: 978-84-8198-862-8.

Ángeles de Dios de Martina. **Carmen de Burgos Seguí. Réplica a sus Impresiones de la Argentina (1913).** Editorial UNIVERSIDAD ALMERÍA. 2016. ISBN: 978-84-16642-13-7.

Carmen de Burgos Seguí. **IMPRESIONES DE LA ARGENTINA.** Publicado por el Círculo Mercantil e Industrial de Almería. 1914.



Jacinto María Mustieles. **BREVIARI ROMANTIC - ilustraciones externas: Portada de Julio Antonio, y dibujos K-Hito, Pertegás, Amorós I Carreres. (Poema dedicado a Carmen de Burgos - Pág. 57).** Impreso el día de Sta. Catalina de Sena, último día de abril 1913, en Imprenta Antoni López de Valencia.

Ana Rossetti y Jesús Gabán. **MARAVILLOSAS.** Libros de la Malas Compañías. 2020. Madrid. ISBN: 978-84-949242-5-5

Eça de Queiroz. **LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES.** Versión Castellana de Pedro González-Blanco. LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA. 1918. Madrid.

Benigno Varela. **EL SACRIFICIO DE MÁRGARA.** Biblioteca Hispano-Americana. MADRID. LIBRERÍA DE PUEYO. Noviembre de 1909.

Benigno Varela. **ISABEL, DISTINGUIDA CORONELA.** Biblioteca Hispano-Americana. MADRID. LIBRERÍA DE PUEYO. 1º de enero de 1910

	ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID Calle del Prado, 21 - 28014 www.ateneodemadrid.com	
	AGRUPACIÓN ESPECIAL CARMEN DE BURGOS Link: www.ateneodemadrid.com/El-Ateneo/Organizacion-Interna/Agrupaciones/Agrupacion-Especial-Carmen-de-Burgos-Colombine Contacto: info@colombine.es	